

El papel de la mujer en la sociedad inglesa del siglo XVIII

Juan de Dios Torralbo Caballero
Universidad de Córdoba
torralbocaballero@uco.es

<https://dx.doi.org/10.12795/futhark.2012.i07.09>

Abstract: In eighteenth century discussions on education, women were usually either labelled too feather-brained, focused on leisure and gossip or they were castigated as vain for their attempt to be educated, therefore compromising their womanly duties. However, many well known male writers, such as Swift, Steele and Richardson, as well as Mary Wollstonecraft, championed the advancement of women and disagreed with an educational system that created intellectually inadequate young women. Instead of blaming women for their lack of learning, they criticised the educational methods for their lack of intellectual stimulation. This article examines how these writers viewed women as being intelligent beings with as much right to acquire knowledge as men, but how they also viewed women's ultimate role in life as motherhood. They believed that education would help women become better people individually and therefore better mothers for the good of society.

Keywords: Women's education, role of women, 18th century literature, Swift, Steele, Richardson, Wollstonecraft.

Resumen: Durante el siglo XVIII, el debate sobre la educación femenina consideraba a las mujeres como seres de poca enjundia intelectual y las tildaba de vanidosas por su intento de educarse, descuidando por tanto sus obligaciones como mujeres. Sin embargo, muchos escritores de renombre, como Swift, Steele y Richardson, así como Mary Wollstonecraft, abogaron por el avance de la mujer y discreparon con el sistema educativo que engendró a jóvenes mujeres con baja altura intelectual. En lugar de culparlas por su carencia de conocimientos, dichos escritores juzgaron los métodos educativos por su carencia de estímulo intelectual. Este estudio detalla cómo tales autores consideraron a las mujeres como seres inteligentes con el mismo derecho que los hombres para adquirir una formación, asimismo el artículo analiza cómo los escritores abordaron la función en la vida de las mujeres como madres. Consideraron que la educación ayudaría a la mujer a convertirse en mejores personas a nivel individual y, desde luego, mejores madres para el bien común de la sociedad.

Palabras clave: Educación de la mujer, papel de la mujer, literatura del siglo XVIII, Swift, Steele, Richardson, Wollstonecraft.

1. Introducción

Este ensayo pretende ser un estudio panorámico sobre la situación de la mujer en Inglaterra durante el siglo XVIII. Se abordan varias parcelas que van desde la preparación o la formación hasta el protagonismo de la mujer en la sociedad. Para conseguir este objetivo, el artículo quiere recoger información que provenga tanto de los propios escritores como de alguna mujer letrada de la época, sin desdeñar la voz del sujeto lírico que habla en algunos poemas concretos.

El escrutinio se adensa con algunos datos estadísticos sobre escritoras, escrituras o publicaciones y muestra sendos ejemplos emblemáticos donde se corrobora un clamor por la mejora de la situación tanto en lo que atañe a los quehaceres femeninos como en lo concerniente a la autoría de la obra de arte verbal.

En un primer estadio se recopilan unos apuntes sobre la sociedad del siglo XVIII para seguidamente plasmar la opinión que algunos escritores mantienen sobre la situación de la mujer. Después se cartografían algunos datos inmanentes en los poemas y, finalmente, se abordan otras reivindicaciones emanadas de las publicaciones de una renombrada escritora, defensora del género femenino en su tiempo.

2. La mujer en la sociedad inglesa del siglo XVIII

En la literatura inglesa del siglo XVIII, la mujer no aparece representada como educada o independiente, particularmente si leemos el legado de factura masculina. Los personajes femeninos se ubican en un estadio inferior al varón. Sirva como sustrato teórico preliminar el estudio que pergeña B. Rizzo sobre la novela (2000: 58-62), en concreto cuando establece que los hombres del relato dieciochesco controlan las pasiones bajo los patrocinios de la razón, mientras que los personajes femeninos se muestra más afines a la irracionalidad y a la falta de control de pasiones o decisiones. En ocasiones, la mujer aparece en la escritura como la causante de la tentación del hombre.

A tenor de los libros de conducta de la época, la mujer en la sociedad transita por un camino predeterminado ya que su papel se

limita a las tareas domésticas. Señala María José Coperías (2010: 1-2), a partir de Elaine Hoby (1998), que los mandamientos de la mujer en la época se circunscriben al ámbito familiar, a la salvaguarda de la reputación de la casta y de ahí que el esmero y la atención de la mujer deba recaer en la esfera de la familia. El ámbito de actuación femenina está delimitado en numerosas publicaciones de la época, como diarios, cartas, manuales de ética, sermones o tratados políticos. Sin embargo, existen escritores que comenzaron a mostrar su desacuerdo con estos postulados de carácter lacerante y coercitivo para la mujer.

Apuntemos otra nota sobre la sociedad inglesa. El historiador Roy Porter (1991:49) deja constancia de la inmovilidad social y de la conciencia de clase que existe en la sociedad británica del siglo XVII:

“The English social ladder was indeed precisely graded. The distinctions between being a servant in or out of livery [...], between being called Mrs or Madam, were delicate [...]. Likewise in the professions”.

Sin embargo, dos páginas después, no deja de señalar que también existen personas que arriban a otra clase, porque o bien se enriquecen con la lotería, o bien amplían sus bienes mediante el esfuerzo. Como ilustraciones, acude a Wordsworth, hijo de un alabardero, al matemático Charles Hutton que es hijo de un minero o al arquitecto y paisajista Lancelot (Capability) Brown, hijo de un modesto comerciante.

Planteamos un dilema respecto a la situación o deseo de la mujer: “¿utopía o eutopía?” Esta paronomasia contiene una disyuntiva a la que trataremos de dar respuesta seguidamente. El significante “eutopía” no existe en español, lo acuñamos desde el griego. La pregunta de fondo que planteamos es si las circunstancias de la mujer inglesa del siglo XVIII, los deseos de mejora de su situación, son una utopía (*οὐτοπία, οὐ τόπος*: no lugar), es decir, un proyecto optimista irrealizable en ese momento o más bien, una “eutopía” (*εὐτοπία, εὐ, τόπος*: buen lugar), a saber, un proyecto más factible y más fácil de hacer realidad.

Mostremos ahora la opinión de algunos escritores dieciochescos sobre la educación de la mujer para más adelante abordar el parecer que al respecto mantiene alguna escritora conocida de la época.

3. Daniel Defoe y Jonathan Swift

Daniel Defoe (1559/61-1731) participa en los comienzos de la novela inglesa. Es autor, entre otras obras, de *Moll Flanders* (1722) y de *Roxana: The Fortunate Mistress* (1724). El periplo vital y literario del escritor señala el camino hacia la profesionalización, el esfuerzo por ver su obra en el circuito del mercado. Defoe sabe de comercio y marketing pues se dedica a vender tabacos o vinos y gestiona su propia fábrica de ladrillos. Incluso agrega a su apellido original, "Foe", el prefijo 'De' para ofrecer un aire aristocrático. Asimismo es conocedor de las maquinaciones secretas pues es informante político, publicista o propagandista al servicio del estado. Participa en la rebelión contra Jacobo II y en su faceta política ayuda a las negociaciones que cristalizan en la unión entre Inglaterra y Escocia. Sabe también de la cárcel y de las deudas porque sufre la bancarrota e incluso el encarcelamiento. Publica cualquier escrito que fuera vendible, dirigiendo su obra al mercado que está fraguándose y creciendo en la época.

Estamos ante un disidente político que defiende la igualdad plena entre hombres y mujeres. El ideario de Defoe mantiene que el hecho de que el género femenino esté relegado se debe a una mera convención social, a saber, considera que las razones de la relegación de las mujeres en la sociedad son puramente culturales y no naturales. En el plano ficticio hallamos a Roxana o Moll Flanders, dos prostitutas, cuyas vidas se rebelan contra la pertenencia al varón, contra esa especie de esclavitud que supone el ser esposa en la época. De hecho, tanto Roxana como Moll, dirigen sus propias vidas, su propia sexualidad convirtiéndose ellas mismas en objeto de mercancía.

Jonathan Swift, el autor de *Gulliver's Travels* (1667-1745), nace en Dublín y encarna el desarrollo de la sátira en la literatura inglesa. Además dedica algunas de sus páginas al asunto de la educación femenina. De hecho, en el ensayo titulado "Of the Education of Ladies", esparce una serie de ideas al respecto que le resultan trasnochadas y poco ajustadas a su forma de pensar. Alude, en concreto, al ingenio femenino así como a la capacidad de las mujeres a la vez que comenta el placer de la lectura de los libros de viajes o de historia. El escritor dublinés explica que "this question is generally determined in the negative by the women themselves, but almost universally by the men". Las obligaciones de una esposa

del siglo XVIII se consideran que son las siguientes (Swift: 1850: 312):

“Look to her family, watch over the servants, see that they do their work; that she be absent from her house as little as possible; that she is answerable for everything amiss in her family; that she is to obey all the lawful commands of her husband, and visit or be visited by no persons whom he disapproves; that her whole business, if well performed, will take up most hours of the day; (...) that the greater she is, and the more servants she keeps, her inspection must increase accordingly; for a family represents a kingdom, so the wife, who is her husband’s first minister, must, under him, direct all the officers of state, even to the lowest”.

Swift expresa que el hombre de la época, por lo general, estima que la esposa puede leer libros de calado religioso o sobre el cuidado del hogar, concretamente escribe que (Id.) “except those of devotion or housewifery, is apt to turn a woman’s brain”. A tenor de esta cita, los poemas de amor, las novelas, los romances y las obras de teatro no han de estar entre las lecturas de una esposa, ya que solamente deben utilizarse para “carry on an intrigue” (Id.).

Los cánones educativos de la sociedad del XVIII consideran que si la mujer se enrola en el aprendizaje y en la adquisición de una formación más allá de la doméstica y privada no obtendrá beneficio alguno, pues las haría vanidosas y pretenciosas, “vain, conceited and pretending” (Id.) y si se adentran en el aprendizaje se convertirían en ridículas por la aplicación de lo aprendido a todos los ámbitos, “make [themselves] ridiculous by (...) applying them absurdly in all companies”(Id.).

Frente a estos postulados, Swift anota que una esposa que haya tenido la posibilidad despreciaría las directrices imperantes a la vez que se verían relegadas y menospreciadas por algunos maridos que verían el aprendizaje en los libros como rival en su ideología. Precisamente por esta conclusión que apunta Swift, se infiere parte de las motivaciones que condujeron a vetar la educación de la mujer en esa época.

La perspectiva y la opinión que el escritor recrea en “Of the Education of Ladies” disuena, por tanto, con las prácticas de su tiempo. El escritor considera vergonzoso que exista una negligencia universal en lo que atañe la educación de la mujer y que esta dejadez sea consentida por el *estatus quo* que dirige y guía a la

sociedad” (Id.). El trabajo swifteano concluye que tanto el varón como la mujer carecen de una buena educación, pero que esta carencia está bastante más acentuada en el ámbito femenino, la cual se refrenda comprobando cómo la mujer no tiene más alternativa que el cuidado y la atención al núcleo familiar. Swift, igual que Rousseau, no comparte la visión moderna de la educación que cristaliza mediante la práctica en el siglo XVIII.

4. Sir Richard Steele

El siguiente escritor que se inserta en este trabajo es otro irlandés, Sir Richard Steele (1672-1729), co-fundador de la revista *The Spectator* junto a Joseph Addison y responsable del teatro Drury Lane, gracias al favor real que le otorga Jorge I de Inglaterra e Irlanda. El autor, miembro del grupo literario y político Kit-kat, manifiesta en variadas ocasiones su disconformidad con la carencia de educación que poseían las mujeres de su tiempo.

En sus colaboraciones a la publicación periódica *The Tatler* (entre 1709 y 1711) concretó sus preocupaciones sobre “one of his correspondents [who looked for] advice about the nine year old daughter whom he wishes to send to a boarding school” (en Gardiner, 1929: 385). Mientras que el padre quiere que su hija sea instruida en un colegio, la madre de la niña opina lo contrario ya que piensa que en sus conocimientos ya están los ingredientes que la chica necesitaba, en concreto alude a “the formalities of visiting and the tea-table” (Id.).

Dorothy Gardiner analiza la escritura de Steele relacionada con la escolarización de las niñas y especifica que Steele además de colaborar en *The Tatler* compone un trabajo íntimamente relacionado con este asunto. Se trata de *Ladies' Library*, en 1714, y plantea ejemplos de mujeres que considerándose personas de ingenio y educación son prácticamente iletradas. Para refrendar esta aseveración recopila algunos ejemplos tales como la incorrecta pronunciación de algunos fonemas cuando leen en voz alta mostrando así errores básicos, en concreto explica que “not pronounce the words correctly when they read aloud, but were guilty of childish mistakes, and read hesitatingly and in a tiresome sing-song” (Id. 378).

El autor de *Ladies' Library* critica con dureza la falta de formación en la mujer de su época y, a la hora de buscar los responsables de esta carencia señala a la misma mujer por su falta de interés en mejorar su bagaje y en madurar su mente. Aquí están las palabras exactas del irlandés (Gardiner, 1929: 378):

“‘Ladies’, the words run, ‘(...) live in a Circle of Idleness, where they turn round for the whole year without the Interruption of a serious Hour; they know what Plays are on the Stocks, what Singers are come or coming from Italy; No Trooper is more obedient to the Sound of his Captain’s Trumpet than they are to that which summons them to a Puppet Show or a Monster. The Spring that brings out Flies and Fools drives them to Hide Park. In winter they are in a cumbrance to the Theatres and the Ballad of the Drawing-Room; (...) the Ladies grow cheap by growing familiar and cheap is the unkindest word that can be bestow’d upon the Sex (...)”.

A pesar de las imágenes que emplea para transmitir sus ideas, el escritor no menciona que los maridos, más letrados y versados por lo general que las mujeres, pueden no estar interesados en la formación de sus esposas. Tampoco menciona el irlandés que el cultivo de la filosofía, las matemáticas y las lenguas extranjeras estaba vetado para las jóvenes siempre que su padre o su marido así lo estimasen. Otro parámetro digno de mención es la cuestión del patrocinio porque aunque una joven esté muy interesada en recibir una educación determinada si no cuenta con la bondad de una familia acaudalada no se puede adentrar en el proceso de aprendizaje, sea éste en una escuela o con un tutor personal.

En consonancia con algunos filósofos y eruditos del momento, la ideología y la forma de pensar que profesan otros hombres cultos no aboga por la apertura de la educación para la mujer, al igual que no se aprecia un clamor que abogue por un cambio de roles en la sociedad de su época. Tal como se ha mostrado, Swift y Steele desean la educación del género femenino, así se corrobora a través de su herencia literaria. Sin embargo, colige Gardener que en la obra de estos escritores no se aprecia un impulso decidido para mejorar la erudición de la mujer o para que ésta sea escolarizada (Id. 380). La citada estudiosa aprecia un deseo de mejorar la educación femenina

pero no observa un paso decisivo en la escritura los dos irlandeses. Éstas son sus palabras:

“alert for any symptom of pride in learning, and the line they drew between illiteracy and a sufficiency of instruction was exceedingly ill-defined” (Id.).

El propio Swift, a pesar de reconocer la necesidad de formación en la esfera femenina de la sociedad, parece manifestar su mirada complaciente con algunas mujeres instruidas que logran alcanzar algunas metas más allá lo que sus propios medios les permiten conseguir. Recoge Gardiner (1929: 380) que estas mujeres:

“Have lost all manner of credit by their impertinent talkativeness and conceit of themselves; but after all the pains you may be at, you can never arrive in point of learning to the perfection of a schoolboy”.

Estos escritores, por lo tanto, no esbozan en ningún momento la necesidad de configurar un nuevo orden social donde la mujer halle un nuevo posicionamiento o tenga un protagonismo similar o más cercano al del varón. Más bien resaltan que el aprendizaje asistirá en la mejora de sus tareas domésticas, que – gracias a la educación- la mujer realizará mejor las tareas del hogar, será mejor compañera de su marido así como mejor guía y modelo para su descendencia.

5. Samuel Richardson

En la obra del novelista inglés Samuel Richardson (1689-1761) se localizan otras afirmaciones que resultan de interés para el tema que se desglosa en este trabajo. Richardson es el gran impulsor del género epistolar, un escritor que goza de gran predicamento entre las mujeres de su tiempo, es un autor cuya obra tiene buena acogida por las lectoras del siglo XVIII. La caracterización de los personajes femeninos, los ingredientes psicológicos, la trama narrada o la voz de la primera persona de singular que baña las páginas de sus entregas le garantizan un éxito editorial inmediato. Cuando Richardson modela sus personajes los perfila como ejemplos morales tanto para sus lectores como para sus lectoras. Las protagonistas de su obra muestran un carácter independiente forjado con un comportamiento virtuoso.

*Clarissa*¹, que es a la misma vez título de la obra y personaje principal, se convierte en un ejemplo de mujer. La novela comienza con la muerte de un familiar de la protagonista que la convierte en heredera de las posesiones de su abuelo. La protagonista es un claro ejemplo del modelo que el autor quiere recrear. La novela abre con una muerte hace que Clarissa herede las propiedades de su abuelo lo cual genera odio en James Harlowe, su hermano.

La obra, siguiendo la estructura de Pamela, muestra un nivel social más elevado en el que la protagonista cede a las peticiones de su amante gracias al romanticismo que encarna y debido a la atracción que siente por Robert Lovelace. La protagonista, unida al galán, se libera de la opresión de su familia. Es la consumación tanto de la deshonra, en Clarissa, como del orgullo, en Lovelace. El tramo final de la novela presenta la superación interior de Clarissa y la eliminación del rencor. Mientras, Lovelace muere en Austria precisamente en un duelo e invocando el nombre de su amada.

Confirma Gardiner (1929: 397) que Clarissa “triumphed in her own right over the cruellest dishonour” a la vez que “refused her hand in marriage to the villain who had wronged her”. La actante principal termina perdonando a quien ha menoscabado su honor con la esperanza de que se arrepienta.

La primera novela de Richardson, *Pamela* (1740), se centra en una bella criada, virtuosa y con educación. La protagonista dieciochesca muestra su virtud en todo momento. La novela comienza con la muerte de la Sra. B. y Pamela sigue trabajando como empleada en la casa. La trama se centra en la seducción que el hijo de la fallecida trata de aplicar y en el rechazo de la protagonista. El Sr. B. no escatima en tramar sus intrigas con la ayuda del resto del servicio doméstico. Pamela protege y mantiene su virtud, resistiéndose a las peticiones.

El Sr. B. consigue ojear la correspondencia que la joven mantiene con su familia y gracias al conocimiento que de ahí obtiene comienza a valorar la virtud de Pamela y a enamorarse de ella. Concretamente dirá que la belleza de Pamela (1962: 2) “made me

¹ Se trata de la segunda novela de Richardson, compuesta en 1747 y 1748. El título completo es *Clarissa or the History of a Young Lady*. Otro título empleado es *Clarissa Harlowe, or the History of a Young Lady*.

her *Lover* [...] they were the Beauties of her Mind, that made me her *Husband* (1980: 507).

Las creaciones de Richardson (1962: 2), la caracterización de sus personajes así como el entramado de sus historias ponen al descubierto la forma de pensar femenina, sus quehaceres, sus cuitas y sus preocupaciones, a la vez que exaltan el género femenino. Ian Wat (1957: 153) relaciona el detallismo femenino que lucen las novelas de Richardson y aduce algunas razones:

“One reflection of Richardson’s closeness to the feminine point of view is to be found in the wealth of minutely described domestic detail in *Pamela*. Many contemporary readers apparently objected to the ‘heap of trivial circumstances’ in the novel [...]. The taste for domestic detail on the part of Richardson’s feminine audience probably made an appreciable contribution to the narrative’s air of everyday reality; romance-heroines. [...] Richardson’s closeness to the feminine point of view involved him in a very significant departure from the ordinary course of human life”.

El prefacio de la obra (1980: 31) estipula que el texto contiene tintes clarametne horacianos pues la finalidad de la novella es “Divert and Entertain, and at the same time to Instruct, and Improve the Minds of the YOUTH of both Sexes”. La aseveración no puede ser más neoclásica. El deseo de las mujeres que pueblan las novelas de Richardson es aprender, mejorar y conservar su virtud. En este sentido, salta a la vista el carácter ilustrado de estos relatos. Así, pues, deducimos con Gardiner (1929: 397) que Richardson no culpa a la mujer de su carencia de conocimientos, que no la considera como una carencia natural, sino que piensa que la situación de muchas mujeres se debe a la falta de formación.

Nuestro autor tuvo ocasión de contrastar su visión de la educación femenina con Lady Bradshaigh, acaudalada conservadora. Así lo leemos en la copiosa correspondencia que ambos mantuvieron (Wood, 1980). Lady Bradshaigh estima que las mujeres (Gardiner, 1929: 397-8) no han de aprender más que los hombres; de hecho no ve con buenos ojos a las mujeres que desean poder expresarse en latín. Considera un desdoro que la esposa supiera más que el marido. El punto de vista de Richardson aboga por la instrucción y el aprendizaje femenino el cual ha de abarcar tanto latín como griego. No aboga el escritor por la ocultación de los

dones femeninos en el saber y estima conveniente el empleo de los nombres propios en las publicaciones en lugar de seudónimos.

Richardson, a la luz de lo antedicho, mantiene una posición más abierta y proclive para el progreso de la mujer (Id.) que Lady Bradshaigh. El novelista mantiene que el ingenio puede ser cultivado tanto por el género masculino como por el género femenino (Id.). Ello no obstante, también asevera que las obligaciones de la mujer están vinculadas al ámbito de la casa y que ésta no debe descuidar sus responsabilidades domésticas en aras de la ciencia (Id.).

6. Mary Wollstonecraft

Nuestra siguiente abanderada escribe muy decididamente a favor de la educación femenina. Mary Wollstonecraft (1759-1797) se dedica, en sus comienzos, a la educación y llega a dirigir el colegio en Newington Green. M. J. Chivite (2003: 45-64), en su artículo “Narrativas femeninas/feministas de la Ilustración”, explora la idoneidad del lugar, situado en las afueras de Londres para el progresismo político y social en que la mujer halla mayor presencia activa. Este círculo alberga un nutrido grupo de *Dissenters* o separatistas caracterizados por su radicalismo religioso y por su credo individualista. Aquí, de la mano del Reverendo Richard Price, aprehende conceptos fundamentales en su pensamiento como los derechos humanos, la democracia y la idea de revolución. El cierre de la escuela le lleva al inicio de su carrera literaria, pues en seis semanas da a estampa *Thoughts on the Education of Daughters: with Reflections on Female Conduct in the more important Duties of Life* (1787).

Tal como deduce Chivite (Id. 43), Wollstonecraft inicia aquí una etapa de tanteo ideológico, en el que sus experiencias vitales van conformando el marco de futuras respuestas filosóficas y literarias. Afirma, en concreto, lo siguiente:

“El programa ilustrado incluye en sus objetivos la formación de un individuo racional y autónomo, virtuoso y productivo para la comunidad. La escritora está familiarizada con el género, desde Rousseau hasta Thomas Day y especialmente muestra su conocimiento de *Some Thoughts Concerning Education* (1693) de John Locke donde destellan las teorías educativas del momento, la educación pragmática, tolerante y donde se articula el espíritu liberal del pensamiento ilustrado.”

Esta primera publicación sitúa como causa apriorística que la formación ofrecida a la mujer le aboca a pensarse como subordinada al hombre. La obra aborda de lleno la realidad y ofrece tácticas educativas para las mujeres jóvenes (Wollstonecraft, 1972: 48) como se lee en el extracto que traemos seguidamente:

“It is an old, but a very true observation that the human mind must ever be employed. A relish for reading, or any of the fine arts, should be cultivated very early in life; and those who reflect can tell, of what importance it is for the mind to have some resource in itself, and not to be entirely dependant on the senses for employment and amusement”.

Una página después, Wollstonecraft define la lectura como una tarea muy racional que sirve para agrandar la mente y mejorar el corazón. Aconseja a los padres qué deben leer sus hijas, ya que según apostilla las obras difieren en calidad y contenido. Sirva esta recomendación de muestra (Id. 50):

“A wrong account of the human passions, and the various accidents of life, ought not to be read before the judgment is formed, or at least exercised (...) such accounts are one great cause of affectation of young women. Sensibility is described and praised, and the effects of it represented in a way so different from nature, that those who imitate it must make themselves very ridiculous”.

La plétora de consejos que ofrece la escritora abarca incluso el tipo de vestido que deben llevar las hijas, ya que (Id. 35) ‘by far too much of a girl’s time is taken up in dress’. Seguidamente ensalza la primacía que debe tener la mente sobre el mero ornato corporal (Id. 36):

“Dress ought to adorn the person and not rival it. It may be simple, elegant, and becoming, without being expensive; and ridiculous fashions disregarded, while singularity is avoided”.

Los mandamientos de Wollstonecraft indican a los padres que las hijas no jueguen a las cartas incluso que no asistan al teatro a temprana edad puesto que no lo considera conveniente durante la primera juventud. Retrata la costumbre de las visitas vecinales que no maduran a la persona ya que dedica gran parte del tiempo a la forma de vestir y a otros asuntos banales. La escritora armoniza,

empero, la educación de la mujer con las tareas domésticas y el cuidado de su familia (Id., 56):

“No employment of the mind is a sufficient excuse for neglecting domestic duties, and I cannot conceive that they are incomparable. A woman may fit herself to be the companion and friend of a man of sense, and to know how to take care of his family”.

Bajo este paradigma, la educación hace de la mujer un mejor individuo, pero al mismo tiempo una mejor madre y esposa. Educación y maternidad aparecen como dos vectores unidos, como el haz y le envés de una misma realidad.

En 1792 la luz de la imprenta alumbra el primer manifiesto identitario y grupal sobre la mujer de la modernidad en Inglaterra titulado *A Vindication of the Rights of Woman*, donde las cristianas virtudes de resignación y humildad que envuelven a la mujer desaparecen. En la misma introducción ataca los estambres formativos de las niñas por la carencia de educación intelectual y escribe que la sociedad alimenta ‘gentle domestic brutes (...) educated in slavish dependence and enervated by luxury and sloth’ (1967: 50). Acude a la metáfora de las flores, empleando el símil de mujeres y flores para concluir que la sociedad las sacrifica (‘strength and usefulness (...) [for] beauty’ Id. 31). Cuando toca la educación de los hombres (‘a false light’) también la ataca ya que sólo la consideran como una preparación para la vida: ‘only as a preparation for life’ (Id. 95).

La propuesta de la escritora quiere que la educación se convierta en ‘the first step to form a being advancing gradually towards perfection’ (Id.). Su crítica baña también a los escritores que publican tratados prescriptivos sobre la educación de la mujer. Concretamente el capítulo quinto de *Animadversions on some of the Writers who have rewwndered Women Objetscs of Pity Bordering on Contempt* analiza los consejos que los escritores ofrecen a las mujeres jóvenes infiriendo que estos tratados resultan un lastre para el crecimiento intelectual de las jóvenes mujeres. En efecto, deduce que (Id. 53):

“[All those who have griten on thew subject] have contributed to render women more artificial, weak characters, than they World otherwise have been; and consequently more useless members of society”.

El repaso que hace la escritora británica es holístico pues abarca incluso los trabajos de Rousseau y los *Sermones* del Dr. Fordyce deduciendo que, si bien integran cualquier biblioteca de una joven, ella no permite a sus pupilas leerlos ya que promueven cualidades tales como ‘female Meknes and artificial grace’ (Id. 148). Se detiene, además, en la obra de Dr. Gregory, *A Father’s Legacy to his Daughters*², editada en Edinburgh como una serie de consejos a sus hijas mostrando su discrepancia con muchos pasajes como éste (Id. 156):

“The men will complain of your reserve. They will assure you that a franker behaviour would make you more amiable. But, trust me, they are not sincere when they tell you so. I acknowledge that on some occasions it might render you more agreeable as companions, but it would make you less amiable as women: an important distinction, which many of your sex are not aware of”.

Wollstonecraft estima que es pretencioso advertir a una mujer que se (re)invente para así parecer más delicada y femenina, pues no deberían ‘feign a sickly delicacy’ (Gardiner, 1929: 460). Al comienzo del citado volumen determina los derechos naturales de la raza humana más rudimentarios tales como la razón, la virtud y el conocimiento (Wollstonecraft, 1967: 39):

“Consequently the perfection of our nature and capability of happiness, must be estimated by the degree of reason, virtue and knowledge, that distinguish the individual, and direct the laws which bind society: and that from the exercise of reason, knowledge and virtue naturally flow, is undeniable, if mankind be viewed collectively”.

La filósofa británica circunscribe la práctica de estos derechos a la raza humana si bien señala que se encuentran casos, tanto de hombres como de mujeres, en los que aparecen negados, indicando la existencia de prejuicios que ensombrecen las instancias de la razón. Mediante cita de Charles W. Hagelman, la autora apunta ‘that the rights of men have no sexual basis and that they belong equally to man and woman’ (Id. 19) y matiza que la mujer, como parte de la raza humana, tiene el mismo derecho que el varón a la educación, al desarrollo de la razón, del conocimiento y de las virtudes que ello conlleva. Las virtudes femeninas, añade, son

² Hemos consultado la edición de Londres, imprimida por W. Strahan y T. Cadell, M DCC LXXIV.

modeladas según el interés y las necesidades de los hombres (Id. 49):

“(...) [to be able to] excuse the tyranny of man, many ingenious arguments [had] been brought forward to prove (...) [that] women [should] not [be] allowed to have sufficient strength of mind to acquire what really deserves the name of virtue”.

Una de las conclusiones de los postulados de Wollstonecraft es que las mujeres deben tener la misma oportunidad de educación que los hombres. La queja procede de la carencia que entrevé en el forjado intelectual femenino, más allá de algunas nociones básicas educativas.

7. El aprendizaje femenino: de la reclamación a la necesidad

Al querer entender la producción lírica en la era que nos ocupa, hemos de señalar que la poesía tenía una alta consideración social, era un género público (Eagleton, 2005: 20) que con la emergencia de la novela pasará al ámbito privado mientras que la incipiente novela ocupará el terreno público, a pesar de que en sus orígenes no se considere como arte o literatura. Por este motivo, en épocas venideras, las funciones moralizantes y sociales las acapara la novela y no la poesía.

Corren los días de mayo de 1737 cuando Catherine Trotter Cockburn (1679-1749) publica estos versos:

“Than those restraints which have our sex confin’d,
While partial custom checks the soaring mind.
Learning deny’d us, we at random tread
Unbeaten paths, that late to knowledge lead;
By secret steps break thro’th’obstructed way,
Nor dare acquirements gain’d by stealth display.
If some advent’rous genius rara arise,
Who on exalted themes here talents tries,
She fears to give the work (tho’prais’d) a name,
And flies not more from infamy, than fame”.

La página 308 del séptimo número de *Gentleman’s Magazine* alberga estos versos, aunque cinco años antes salen a la luz bajo el título *The Busts set up in the Queen’s Hermitage* (1732). ¿Quién es esta mujer que tan claramente expresa las barreras que

el género femenino encuentra en la sociedad? Cockburn es la segunda escritora que, según el registro del teatro real, sube al escenario una tragedia. La primera ha sido Aphra Behn. Mantiene correspondencia con Locke, Leibnitz, traba amistad con William Congreve y el duque de Dorset.

Germaine Greer (1995: xi) se preguntaba que si el hecho de ser mujer imposibilita la escritura más que la circunstancia de ser ciegos como eran Homero y Milton. Una década después, Paula R. Bakscheider (2005: 279-380) arroja nuevas evidencias sobre el asunto de la educación femenina. Enunciamos dos. Por una parte, explica que algunas mujeres reciben una formación similar a la que reciben los hombres de su época. Por ejemplo Mehetabel Wesley Wright y Elizabeth Carter absorben la misma educación que sus hermanos, a Hannah More y sus hermanas las instruyen de forma exquisita para que se dediquen a la enseñanza. Otro caso es Elizabeth Tollet se educa con el mismo Newton. Por otra parte, Bakscheider aduce que muchas mujeres aprenden las lenguas clásicas por vía indirecta, a través de las obras de los poetas y no mediante el acceso a las fuentes que son ediciones caras y sofisticadas. Esto explica la aportación genuina al desarrollo del inglés que emerge desde la producción femenina.

La poetisa angloirlandesa Laetitia Pilkington, en 1748, publica sus *Verses Wrote in a Library*, con un título de morfosintaxis paralela al que tres años más tarde engendra Thomas Gray (“Elegy Written in a Country Churchyard”). Los siguientes cuatro versos contienen su deleite y deseo por el aprendizaje (Bakscheider, 2005: 380):

“Seat for contemplation fit,
Sacred nursery of wit!
Let me here enwrapped in pleasure,
Taste the sweets of learned leisure”.

Esta escritora, que publicara en 1747 sus *Orinthia's Miscellanies*, celebra el valor del aprendizaje y de la educación (Lonsdale, 1989: 218) del modo siguiente:

“I the first founders of great Rome would know
[...]
Search out the nature of all things below,
From what great causes dire effects do flow;
In conference with deathless Homer be,

And Virgil's thoughts, and Milton's poetry".

Margaret Ezell (1993: 57) comenta que tradicionalmente la mujer encuentra en su época problemas con la sociedad por el mero hecho de firmar su obra, de su autoría. Que a Finch o a Cockburn le elogien su trabajo y sus publicaciones no resuelve el problema, porque ellas pertenecen a un círculo de mujeres virtuosas y afortunadas. La primera es dama de honor en palacio, esposa de un cortesano y, ocho años antes de morir hereda el título nobiliario de condesa de Winchilsea. La segunda es precoz intelectualmente y de familia renombrada. Para refrendar su precocidad nombremos su novela *The Adventures of a Young Lady*, conocida luego como *Olinda's Adventures* que se publica cuando ella cuenta con catorce años. En cuando a su abolengo, mentemos que es hija de un capitán de la marina. De hecho, su predicamento le valió para aparecer satirizada, junto a Dalavier Manley y Mary Pix, bajo los ropajes de Calista, en la obra anónima *The Female Wit* (1696), ello por ser una dama pretenciosa en el aprendizaje de las lenguas y proclamarse como crítica.

El asunto de la educación está sobre la mesa desde antaño, por citar una fecha, desde el año 360 a. C., cuando Platón escribe su *República*. Ilustremos la actualidad del asunto educativo en la época que nos ocupa mediante los esfuerzos de Joseph Priestley que constatan algunas de las carencias del sistema pedagógico; de ahí su propuesta sobre nuevas materias formativas que ayuden a la clase media, a los futuros comerciantes. Su modelo lo aplica en la academia Warrington, donde en 1766, reemplaza el diseño curricular existente por las artes liberales (Schofield, 1997: 124-125, 2004). *Miscellaneous Observations relating to Education (Essay on Education)* aboga por una democratización de la educación. Priestley considera que la educación ha de generar formación a la vez que felicidad al ser humano, lo cual está en consonancia con los postulados de John Locke que piensa en términos de 'virtud' e integridad de la persona (Day, 2009: 14-15). Este concepto lo nombra el dramaturgo John Vanbrugh en *The Relapse* (1696) en estos términos: "Virtue is its own reward. There's a pleasure in doing good which sufficiently pays itself" (5:2. 1. 65-6).

8. Unas notas sobre la publicación de las obras escritas por mujeres

La multiplicación elefantásica de las publicaciones en el siglo XVIII hace pensar que lanzarían sus obras muchas más mujeres de las que hasta ahora nos ha sido posible localizar. De forma general, da cuenta de ello Byron cuando escribe en el canto noveno de *Don Juan* (1819-24):

“O! ye great authors luminous, voluminous!
Ye twice ten hundred thousand daily scribes!
Whose pamphlets, volumes, newspapers, illumine us!
Whether you're paid by government in bribes,
To prove the public debt is not consuming us –
Or, roughly treading on the 'courtier' kibes'
With clownish heel, your popular circulation
Feeds you by printing half the realm's starvation”;

Al comienzo del siglo XIX se publican en Inglaterra unos 6000 volúmenes al año (Caines, 2009: 65), de autoría mayoritariamente masculina. Sobre 1760, se ha estudiado que una media de siete mujeres publica poesía por década; una década después hallamos unos diecinueve nombres femeninos mientras que en 1770 el número de mujeres que firman su poesía asciende hasta treinta y seis, que suben a cincuenta y cinco la década siguiente, llegando hasta sesenta y cuatro en la década final del siglo (Stanton, 1987: 261).

Lonsdale afirma que durante la primera década del siglo XVIII se registran solamente dos mujeres como editoras de su obra de poesía mientras que en la década de 1790 confirma que la cifra asciende a más de treinta. Otro dato (Jackson, 1985, 1993; Backcheider, 2005: xvii) revela que entre 1770 y 1835 son más de ochocientas las poetisas que hay en Inglaterra y América, las cuales publican mil cuatrocientas *editiones principes*.

Como hemos apuntado anteriormente, no todo son aplausos para la mujer que escribe y/o publica. Elizabeth Thomas es desacreditada por Dryden cuando le envía dos poemas y éste le contesta que son muy buenos versos para haber sido compuestos por una mujer (Gibson, 1988: 81). Thomas es una escritora, nacida en una familia acomodada venida a menos, que necesita mecenas para publicar y se integra en el círculo literario de Chudleigh, Astell o Montagu. No olvidemos que Dryden simboliza en paso del manuscrito a la imprenta y que baila al son que más le interesa. Que vive a la frescura de la monarquía a quien aplaude con sus panegíricos cuando, tras el experimento teocrático de la República,

es restaurada. Que se enrola en la escritura de obras de teatro cuando son reabiertos, tras el régimen puritano. Que en 1668 lo nombran Poeta Laureado y dos años después historiador real.

Lady Mary Wortley Montagu, por su parte, recibe el bataneo repudiador de Pope, a pesar de que sus poemas se integran en las antologías de su tiempo. Añadamos más otro espécimen. Ahora en palabras de John Milton quien, en el octavo párrafo de su *Areopagítica* (1644) -donde esgrime sus argumentos a favor de la publicación de los libros censurados-, ya había sentenciado que eliminar un libro es un contradiós:

“Who kills a man kills a reasonable creature, God’s image; but he who destroys a good book, kills reason itself, kills the image of God, as it were in the eye. Many a man lives a burden to the earth, but a good book is the previous life bood of a master spirit, embalmed and treasured up on purpose to a life beyond life. ‘Tis true, no age can restore a life, whereof perhaps there is no great loss; and revolutions of ages do not oft recover the loss of a rejected truth, for the want of which whole nations fare the worse”.

Milton, muy atento a las cuestiones sociopolíticas de sus días, responde a la “Licensing Order” que en 1643 establece la censura anterior a la publicación de cualquier obra. No en vano, el título completo de la obra del poeta reza así: *Areopagítica: A Speech for the Liberty of Unlicensed Printing*.

Al margen de las opiniones de Milton, que no fueron escritas *ad hoc* para defender el papel de la mujer como escritora, se constata que durante el siglo XVIII existe un grupo de mujeres vinculado a la nobleza y a la aristocracia que publica su obra sin reparos y que no sienten desdén por la impresión o difusión de su ingenio. Al mismo tiempo, existe otro grupo que se enmarca mejor en la línea de la profesionalización de la escritora y de la escritura. Por otra parte, hay algunos nombres que no se pueden encuadrar de manera rígida bajo un rótulo fijo ya que su evolución personal denota varias facetas que van desde la práctica privada de la escritura por placer hasta algunos intentos de la difusión de parte de su obra más allá del círculo próximo y más allá de la plasmación manuscrita de su creación, quizá por la necesidad repentina de juntar ingresos monetarios, como es el caso de Anne Finch.

En este tapiz teórico y práctico, se hilvanan nociones que van de la imprenta a la “auctoritas”, el mercado y la edición. Además

de las razones de mercado editorial o de ganancia económica que algunas escritoras pudieran perseguir, añadimos el mero prurito de la fama que en el siglo XVIII adquiere naturaleza.

Durante el cierre del siglo existe una nómina de escritoras que cultivan su faceta lírica. Sin ánimo de ser exhaustivos citemos a Mary Robinson (1756/58-1800), Anna Laetitia Babauld (1743-1825), Anna Seward (1742-1809), Charlotte Smith (1749-1806) y Helen Maria Williams (1761-1827).

Añadamos que el lastre que apuntamos sobre la educación femenina se refleja incluso en las antologías de antes y de ahora. Agreguemos, en fin, una nota respecto a nuestras latitudes geográficas. Entre unas treinta antologías de poesía inglesa que hemos analizado (García & Torralbo, 2009: 14), solamente dos se han ocupado del siglo XVII y solamente una de ellas es de literatura femenina. Pero vayamos cerrando esta prospección con dos casos ilustrativos.

El primer ejemplo es del mismo siglo que Milton, aunque de poética y temática situada en las antípodas del puritano. La poetisa que nombramos, citada anteriormente, es Aphra Behn, porque es buena muestra de la situación a la que se enfrenta por ser osada o, simplemente, por vender su obra para comer. La actriz y escritora soporta el bataneo repudiador de muchas personas. Sus versos, según muchas opiniones contemporáneas, no son ejemplo de elegancia y buen hacer. Tengamos presente que la autora lo que hace es vender su trabajo, ora como actriz ora como escritora. Claro que, al compartir su intimidad, para muchos conservadores de la moral está ofreciendo a otras personas su ámbito privado que ha de estar bien custodiado por ella y reservado para su marido. Con esta idea se entiende mejor por qué a algunas escritoras se las considera como prostitutas, en particular a quienes como Aphra Behn anhela y persigue la comercialización y mercantilización de ingenio y esfuerzo.

El otro ejemplo se adentra en el XVIII y se refiere a otra poetisa que también se ha citado más arriba. Ann Finch (Ann Kingsmill). Lo explican las investigadoras Barbara McGovern (1992: 9, 17-19) y Carol Barash (1999: 262). Su padre, Sir William Kingsmill, no la ve nacer porque muere cinco meses antes de su alumbramiento. Su madre, Anne Haslewood, fallece al poco de nacer Anne. Aquí se atestigua un deseo de educar a las hijas de igual modo que al varón. En el testamento de su progenitor está incluida, además de la manutención de sus hijas, su educación,

Futhark 7 (2012)

Torralbo, *El papel de la mujer*, 261-288

ISSN 1886-9300

hasta que decidieran contraer matrimonio. Por tanto, entre los deseos de su padre está el de la igualdad educativa para su hijo (William) y para sus hijas (Anne y Bridget).

9. A modo de conclusiones

Sin desear enfriar esta batería de conclusiones en profundidades filosóficas, hallamos una explicación sobre el deseo de dejar constancia escrita de unos hechos concretos o de transmitir una obra de arte verbal. El empirismo de Locke nos ofrece razones para entender por qué los personajes de Defoe o Richardson emplean el lenguaje para trascender los límites de su individualidad, por qué los escritores aguzan su ingenio para conseguir un reconocimiento social y por qué las escritoras a duras penas tratan de abrirse un hueco en el panorama literario de su época. La escritura es un producto físico, palpable y tangible, que materializa y graba lo que destila la mente del "auctor". Por decirlo con palabras cartesianas: la escritura transforma la "res cogitans" en "res extensa". John Locke (1632-1704) aborda, en *Essay*, un tema que ha generado ríos de tinta. En los capítulos tercero y cuarto.

Bajo estas nociones (Selby, 1979: 228-230), pensamos que se comprende mejor la utilización de la primera voz y persona de singular que impregna la tradición narrativa del siglo XVIII, sea en la autobiografía, en las confesiones, en las voces epistolares o en los poemas mismos.

Los renombrados novelistas que se citan discrepan con las motivaciones y la práctica educativa del siglo XVIII y, en particular, con la consideración de la mujer. No obstante, su discrepancia con las formas sociales hay que matizarla. De los epígrafes precedentes, se deduce que las posturas de Richardson, cercanas a las de Swift o las de Steele, no abogan por un cambio radical en la concepción y la práctica de los roles sociales de la mujer. Señalan que la educación de la mujer se plasma ineludiblemente en su entorno y les ayudaría a ser mejores madres y esposas. El desarrollo intelectual lo hilvanan con la procreación y la maternidad. Estos escritores no niegan el derecho a la educación que tiene la mujer, si bien lo constriñen a su aplicación doméstica. Wollstonecraft, por su parte, utiliza una pluma más decidida y valiente, pues no escatima la crítica para con los autores que modelan la mente de sus lectoras a través de los ejemplos en sus historias escritas. Esta pensadora revela su apuesta clara en pro de la educación en igualdad y se rebela contra la

sociedad que limita e incluso impide el desarrollo de la educación femenina.

La sociedad -el *status quo* del momento- no tiene a bien dotar a la mujer de una educación precisa. De hecho, a tenor de los estudios citados más arriba, colegimos que a la mujer se le critica por atesorar nuevos conocimientos toda vez que este avance se considera que va en detrimento de la familia y del hogar. En todo caso, inferimos de al antedicho y siempre al trasluz de las ideas de la época. la mujer puede aprender y gracias a este aprendizaje son mejores personas que, puestas al servicio de la familia y de la maternidad, contribuyen a una sociedad mejor. Por otra parte, añadamos que el deseo de aprender y de formarse se constata por el hecho de que muchas jóvenes esperen con entusiasmo las entregas de Richardson.

Lo cierto es que a pesar del eco de las ideas que se han registrado en este capítulo, unas más comprometidas y rotundas que otras, la división entre la esfera privada y el ámbito público permanece vigente durante el siglo XVIII. El territorio y el ámbito del varón abarca un área ilimitada, dentro y fuera de la casa. El ámbito de actuación de la mujer, por lo general, se limita y se ciñe a de la parcela doméstica. Las escritoras que abogan por un lugar mejor encarnan algunas excepciones ya que desean fervientemente una recolocación de la mujer en la sociedad que trasciende la unidad familiar y pasa a la esfera pública.

Revisando la literatura del siglo XVIII se concreta que la inmensa mayoría de quienes publican una obra literaria son hombres y que, por tanto, son poquísimas las mujeres que escriben y ven publicada su obra. La siguiente reflexión explica en parte esta realidad.

La mujer que durante el siglo XVIII escribe y publica su obra transgrede los límites de la privacidad y pasa a convertirse en una mujer pública. Se ha diferenciar con claridad el hecho de hacer circular unos versos en manuscrito y el hecho de imprimir y vender la obra. El manuscrito significa privacidad y círculo reducido mientras que la edición en la imprenta quiere decir publicación y significa abrir a los lectores la intimidad de quien lo genera.

Volviendo a la pregunta de cabecera, sobre la mujer en Inglaterra durante el siglo XVIII, “¿utopía o eutopía?”. Afirmamos que la sociedad inglesa del siglo XVIII tiene unos moldes sociales

férreos que consideran como negativa la valentía de la mujer que publicara su obra, que abriera su interior a los ojos del público lector. A la luz de lo anterior estimamos que se comprenden mejor las razones por las que la poesía se adscribía a un círculo reducido y los motivos por los que la escritora no permitía que se estampara su nombre en la portada del libro impreso. También se hallan razones morales que justifican la publicación, a manos femeninas, de autobiografías. Aplican el corolario neoclásico que ya postulara Horacio en su *Ars Poetica* (333-334) como “Aut prodesse volunt aut delectare poetae / aut simul et iucunda et idónea dicere vitae”.

Estas realidades explican el clamor de trascender el ámbito doméstico que se lee en muchos versos escritos por mujeres del siglo XVIII. Con todo, inferimos que existen quienes piensan que la situación es inalterable y se resignan a seguir con su labor en la esfera privada, manteniendo como utopía sus deseos de mejorar la situación. Deducimos que además hay aristócratas o mujeres cercanas a la realeza que difunden sus versos y a pesar de su linaje o de sus relaciones sociales anteponen excusas en el pórtico de su obra, conducidas en ocasiones por la mano de un hombre. En este legado se entrevera otro clamor por mejorar el estatus de la mujer en la época. En estos casos más al modo de “eutopía”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ASHTON, J. *Old Times: A Picture of Social Life at the End of the Eighteenth Century*. London: Singing Tree Press, 1969.
- BACKSCHEIDER, Paula R., *Eighteenth-Century Women Poets and Their Poetry. Inventing Agency, Inventing Genre*. Baltimore: The John Hopkins University Press, 2005.
- BARASH, C., *English Women's Poetry, 1649-1714. Politics, Community, and Linguistic Authority*. Oxford: Oxford University Press, 1999.
- CHANDLER, “Case Studies in Reading I: Key Primary Literary Texts”, en DAY G. & KEEGAN B., (eds), 2009, 70-95.
- COPERÍAS AGUILAR, M. J. “Poesía inglesa femenina del siglo XVII”, en *Revista de Estudios Culturales*. La Torre del Virrey, Serie 7, 2010-3, pp. 1-5.
- DAY, G. & BRIDGET, K., (eds.), *The Eighteenth-Century Literature Handbook*. London: Continuum, 2009.

- CAINES, M., "Contexts. Eighteenth-Century Print Culture", en Day G. & Keegan, B., *The Eighteenth-century Literature Handbook*, 2009, 65-57.
- EAGLETON, T., *English Novel: an Introduction*. Oxford, Blackwell Publishing Ltd., 2005.
- GARCÍA CALDERÓN A. & TORRALBO CABALLERO, J.D. *Poesía inglesa femenina del siglo XVII*. Valencia: Letra Capital, 2009.
- GARCÍA CALDERÓN A. & TORRALBO CABALLERO, J.D. *Poesía femenina inglesa de la Restauración. Estudio y Traducción*. Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2010.
- GARDINER, D. *English Girlhood at School*. London, Oxford University Press, 1929.
- GIBSON, R., "My Want of Skill": Apologias of British Women Poets, 1660-1880", Kenner F. & Lorsch, S. (eds.), *Eighteenth-Century Women and the Arts*, New York: Greenwood, 1988, 79-86.
- GUEST, H. *Small Change: Women, Learning, Patriotism 1750-1810*. Chicago, The University of Chicago Press, 2000.
- HILSON, M. & P. HIRSCH (eds.). *Practical Visionaries: Women, Education and Social Progress 1790-1930*. Essex: Pearson Education Limited, 2000.
- HOBBY, E. *Virtue of Necessity. English Women Writing: 1646-1688*. Virago Press: Londres, 1988.
- JACKSON, J. R. de J., *Annals of English Verse, 1770-1835: A Preliminary Survey of the Volumes Published*. New York: Garland, 1985.
- , *Romantic Poetry by Women: A Bibliography, 1770-1835*. Oxford: Oxford University Press, 1993.
- LONSDALE, R. (ed.), *Eighteenth-Century Women Poets*. Oxford: Oxford University Press, 1989.
- McGOVERN, B., *Anne Finch and her Poetry: A Critical Biography*. Athens & London: University of Georgia Press, 1992.
- MELL, D. C. *Pope, Swift and Women Writers*. Newark: University of Delaware Press, 1996.
- OLSEN, K. *Daily Life in 18th Century England*. Connecticut: Greenwood Press, 1999.
- ÓNEGA; S., "El sueño como evasión o la recompensa de *Evelina*", en González y Fernández-Corugedo, S. *et aliis* (eds.), *Stvdia Patriciae*

Shaw Oblata. Oviedo: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo, 1991, 170-193.

PORTER, R., *English Society in the 18th Century*. London, Penguin Books, 1991.

RICHARDSON, S. *Clarissa or the history of a young woman*, George Sherburn (ed.). Boston: Houghton Mifflin Co., 1962.

RICHARDSON, S. *Pamela, or virtue rewarded*. Harmondsworth: Penguin Books, 1980

RIZZO; B. "Renegotiating the Gothic", en Backscheider, Paula R. (ed). *Revising Women: Eighteenth Century "women fiction" and social engagement*. Baltimore and London: The John Hopkins University Press, 2000, pp. 58-103.

ROGERS, K. M. *Feminism in Eighteenth-Century England*. Urbana, University of Illinois Press, 1982.

ROUSSEAU, J. *Emile, or on Education*. New York, Basic Books: Inc. Publishers, 1979.

SANDERSON, M. *Education, Economic Change and Society in England 1780-1870*. Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

SHOFIELD, R. *The Enlightenment of Joseph Priestley: A Study of his Life and Work from 1733 to 1773*, Pennsylvania State University Press, 1997.

-----, *The Enlightened Joseph Priestley: A Study of His Life and Work from 1773 to 1804*. Pennsylvania State University Press, 2004.

STANTON, J. P., "Charlotte Smith's 'Literary Business': Income, Patronage, and Indigence". *Age of Johnson* I (1987): 375-401.

STEELE, R.. *The Tatler*. London: J.M. Dent and Sons Ltd., 1953.

SWIFT, J. "Of the Education of Ladies", en *The Works of Jonathan Swift: Containing interesting and Valuable Papers, not hitherto published*. London: Henry G. Bohn, 1850

TORRALBO CABALLERO, J.D. "Mujer y escritura en la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII: Corte, autobiografía y reivindicación", en *Anglogermánica Online*, 2010, pp. 85-99.

WATT, I., *The Rise of the Novel: Studies in Defoe, Richardson and Fielding*. London: Peregrine Books, 1963 (1957).

WOOD, J.A., "The Chronology of the Richardson-Bradshaigh Correspondence of 1751", *Studies in Bibliography*, 33, (1980), 182-91.

Futhark 7 (2012)

Torralbo, *El papel de la mujer*, 261-288

ISSN 1886-9300

WOLLSTONECRAFT, M. *Thoughts on the Education of Daughters with Reflections on Female Conduct in the More Important Duties of Life*. Clifton: Augustus M. Kelley Publishers, 1972

WOLLSTONECRAFT, M. *A Vindication of the Rights of Woman*, New York, W.W. Norton and Company Inc., 1976

Reseñas

Futhark 7 (2012)
ISSN 1886-9300

Recibido 18/05/2011
Aceptado 30/09/2011

